

A LA VIRGEN
DE LA
CAPILLA,
OBSEQUIO POÉTICO,
DEDICASELO
SU CORTE DE JAEN.



JAEN. 1882.

IMPRESA DE P. JOSE FRANCES.
PLAZA DE SANTA MARIA, 9.



860
ALA

Donación

Manolo Paz

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.**

Ref. n.º 16
B-511

A LA VIRGEN
DE LA
CAPILLA
OBSEQUIO POÉTICO,
DEDICASELO
SU CÔRTE DE JAEN.



JAEN, 1882.

—
IMPRENTA DE D. JOSÉ FRANCÉS,
PLAZA DE SANTA MARÍA, 9.

A LA VIRGEN

DE LA

CAPILLA

DE LA

NO SE RESTA

DE LA

DE LA



A Nuestra Señora de la Capilla.

SALVE.

*Yo que pasé la vida llorando mis dolores
y hasta el postrer instante no haré mas que llorar,
no puedo consagrarte sino estas pobres flores
del infecundo ingenio que Dios me quiso dar.*

EL AUTOR.

Salve, adorada Reina, consuelo del que llora;
Salve, perenne fuente del bien y del amor;
Salve, fulgente estrella; salve, brillante aurora
Que alumbras tierra y cielo con vívido esplendor.

Salúdante las auras con plácido murmullo,
Salúdante las flores su cáliz al abrir,
Las candidas palomas con su amoroso arrullo,
Los cielos desplegando su manto de zafir.

La triste grey humana te ofrece sus amores
Y á tí lleva las ansias del pobre corazon,
Y tú le das en cambio consuelo en sus dolores
De tu adorada mano precioso galardón.

Salve, divino origen de sin igual ventura,
Salve, de puras dichas hermoso manantial,
Venero inagotable de paz y de dulzura,
Rayo de luz fulgente del faro celestial.

A Tí mi pobre canto se eleva, Madre mia,
Contándote las penas que el alma llora aquí.
¿Quién templará en el mundo mi duelo y mi agonía?
¿De quién he de alcanzarlo sinó esperando en Tí?

Salve: los que gemimos en este áspero suelo
Regado con la sangre del Martir-Redentor,
Te saludamos, Madre, con amoroso anhelo,
Y todo lo esperamos de tu divino amor.

M. M.

Octubre de 1882.

A la Virgen.

Con graciosa alegría ¡Hossana! claman
los niños de Salem, llevando flores,
y aunque signos no muestras vencedores
Padre y Señor y Salvador te llaman.
Alegránse los ángeles, derraman
rios de luz los astros brilladores,
y ahora, con dulces versos tus loores
cantan y tu poder los que te aman.

¡Bendito sea el que consuela al hombre!
¡bendito aquel por quien el Sol flamea!
¡aquel que ha hecho que morir no asombre!
¡bendito aquel por quien la mar voltea!
¡bendito el que de Dios viene en el nombre!
el raudal del amor ¡bendito sea!

— — —
El raudal del amor, de que es reguero
tu Madre-virgen como el alba pura,

la madre del dolor y la amargura,
la bella virgen del amor sincero.
Por la senda de lágrimas viagero,
ni el oro, ni el saber, ni la hermosura,
dieron al desterrado luz segura
para entrar de la paz en el sendero.

Alzó triste y perdido la mirada
y aprendió la doctrina de tu hijo,
y abriéronse á su paso los abrojos,
Que te encontró en la bóveda azulada
dándole paz y amor, pues miró fijo
tus labios sonreír, llorar tus ojos.

— — —
No me mueve, Maria, para amarte
el ser la Madre hermosa del ungido,
ni tu llanto me mueve tan sentido
para dejar ingrato de olvidarte.
No el ver al hijo que tu vida parte
clavado en una cruz y escarnecido,
ni el verte en soledad, ni en el olvido
sobre el sepulcro santo reclinarte.

Muéveme sí tu amor, de tal manera
que si no fueras bella yo te amara,
si no fueras doliente, te siguiera.
Aunque en tí todo un cielo no brillára,
lo mismo que te quiero te quisiera,
siendo consuelo que el dolor ampára.

A. ALMENDROS AGUILAR.

Octubre, 1882.

A la Virgen de la Capilla.

La noche que invade callada el espacio,
la luna que logra sus sombras romper,
los faros que adornan de Dios el palacio
cual muestras lucientes del Sumo poder

El alba que rie entre ópalo y rosa
con veste impalpable de nacar y luz,
y al mundo se muestra risueña y hermosa
rasgando á la noche su negro capúz.

El ave que canta dulzuras y amores
tras ancha cortina de eterno verdor,
el loco arroyuelo que salta entre flores,
la flor que da al aura dulcísimo olor.

El aura que gira, lamiendo suave
la inmensa movible llanura del mar,
y riza las aguas, ó empuja la nave
que al paso pretende las ondas besar.

La brisa que gime, los vientos que braman,

el bosque al mecerse, la fuente al correr,
tu nombre bendicen, te anuncian, te aclaman,
y unidos ensalzan tu gloria y poder.

Ante esa grandeza que en dulce concierto,
consigue á tu trono su canto elevar,
el hombre se siente sin voz, sin acierto,
sin tonos que puedan, tu nombre ensalzar.

Así aunque pretendo tributo rendirte
me callo, y del alma será mi cancion,
que cuanto el acento no puede decirte,
mejor te se dice, con el corazon.

JOSÉ ÁLMENDROS CAMPS.

Jaen y Octubre de 1882.

A LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LA CAPILLA.

Hermoso amanece el día!
Cuánta luz! Cuánta belleza!
la madre naturaleza
respira amor y alegría.

Cielo azul, valles y montes,
praderas llenas de flores,
cántos de los ruiñeñores
y remotos horizontes.

Aguas que van murmurando
bajo las nacientes brumas;
arroyos que con espumas
van su camino bordando.

Y allá muy léjos el mar,
que con dulce rumor baña

el pié del alta montaña,
que es su eterno valladar.

— —

Mar que se extiende sin nombre
y de un mundo al otro llega;
mar por el que al fin navega
la frágil virtud del hombre!

— —

Sobre él, un camino incierto
que sin cesar cambia él mismo:
debajo, un constante abismo
por ancho cristal cubierto.

— —

¿Quién la orilla dejará?
¿Quién trocará su hermosura
por la soñada ventura
que, tal vez, no encontrará?

— —

Convida el mar engañoso
y en él el hombre se lanza,
llevado por la esperanza
de ser por siempre dichoso.

— —

No entiende, nó, su razon
perturbada, por su daño,
que así vá tras el engaño
de una traidora ilusion.

— —

Corre, con carrera igual

á su terrible locura;
piensa que está la ventura
donde sólo existe el mal.

— —

Y de la noche el capuz
cubre el alto firmamento;
y arrastrado por el viento,
del relámpago á la luz,

— —

Hácia el horizonte mira,
buscando el seguro puerto
por quien con anhelo cierto
el hondo pecho suspira.

— —

Y habrá puerto y habrá aurora
que, endulzando los pesares,
alumbre los anchos mares
dó el hombre perdido llora.

— —

Y habrá tierra y habrá cielo,
flores de eterna hermosura,
y habrá infinita ventura
que borre el mortal desvelo.

— —

Y habrá un bien santo y fecundo
que sea la anhelada palma,
por la que suspira el alma
en las angustias del mundo.

— —

Y tú, Madre del amor,
siempre generosa y bella,
eres del naufrago estrella
y amparo del pecador.

— —

Y eres el dulce consuelo
y el bálsamo del pesar
y escala para llegar
desde la tierra hasta el Cielo.

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

Octubre, 1882.

À la Virgen de la Capilla.

CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

De mi espíritu triste la neblina
¿Dónde derramará su amargo llanto?
¿En qué copa por pura y cristalina
Podrá endulzar la hiel de su quebranto?
¿A dónde de mi laúd el ronco acento
Puede llegar que con amor sea oído?
¿Dónde hallar corazón con sentimiento
Que acorde le conteste á mi latido?
Parece que respira el pecho mío
El ardoroso ambiente de un desierto,
El éter insalubre del vacío
Ó el mefítico hedor de un mundo muerto.
Transida el alma que pasó entre abrojos
Los estrechos cruceros de la vida
¿Sólo ha de ver ante sus místicos ojos

De espinas y dolor otra partida?
La que vive cual pájaro viagero,
¿Siquiera ha de hallar al fin de su viage
Dónde escuchen su canto lastimero
Para posar sus alas un ramage?
Enmudezca mi lábio que murmura;
Céese ya del cantor el desvarío:
Hay un puerto seguro de ventura
Trás de éste inmenso piélago bravío.
Los que lloramos con amargo duelo
Decepciones y engaños de este mundo,
Tenemos una madre allá en el cielo,
Que nos adora con amor profundo.
¡Esa madre eres tús, *Dulce María!*
De nosotros lucero tremolante
Que hácia la gloria de los cielos guia
Nuestra planta remisa y vacilante.
Tú, el *arca* del amor y la esperanza
Del cansado y errante peregrino
Que no encontró jamás su bienandanza
De la vida en el áspero camino.
Tú, clara fuente de salud que brota
Deshaciéndose en límpidos raudales
Para que beba el hombre gota á gota
De Dios mismo las dichas celestiales.
Tú, quien al hombre con amor sin tasa
Redimiste y sacaste del abismo,
Con aquella virtud, que al hombre pasa,
Unida á la virtud de Jesús mismo.

Si, madre, halla en tí el triste doliente
Alivio, que tu pecho sólo encierra:
Amor divino, caridad ardiente,
Flores que nunca brotan en la tierra.
Por eso, tú serás del afligido
Que surca triste los revueltos mares,
Ribera donde llegue su gemido,
Playa donde terminen sus pesares.

MATIAS PASTOR.

Villacarrillo, 1882.



